

SONRISAS SIN NOMBRE

UNA PROFESION PARA LA MUJER DE NUESTRO TIEMPO

A lo largo de la vida cotidiana nos vemos asallados, desde todos los lugares, por rostros de bellas muchachas que sonríen. Las fachadas de los cines, las portadas de las revistas, los reclamos publicitarios, la televisión... En muchos casos -en los más- se trata de actrices cinematográficas que han logrado escalar el estrellato gracias a su belleza, a la que en ocasiones se ha sumado el talento. Otras veces



Antes de posar para la fotografía publicitaria, para el film o para la televisión, hay que pasar por la sala de maquillaje. A la hora de ponerse ante las cámaras todo ha de ser perfecto, ni un detalle puede quedar pendiente del azar.





SONRISAS SIN NOMBRE

se trata simplemente de «cover-girls», de modelos que unas veces tienen secretas o desveladas ambiciones interpretativas y otras pretenden simplemente realizar, durante los años de su juventud, un trabajo que parece agradable y que, sin dejar de serlo, supone una serie de sacrificios y de atención que lo convierte en una verdadera profesión. Actrices conocidas —Brigitte Bardot, sin ir más lejos— empezaron su carrera posando para las portadas de las revistas y, sin embargo, existe una especie de prevención hacia las chicas que se hacen populares como modelos, sobre todo cuando se trata de modelos publicitarios, basada en el temor a que el público, al ver sus rostros en la pantalla, los asocie con los productos por ellos anunciados en sus comienzos. Pero esto, que se ha repetido hasta la saciedad referido a las modelos de alta costura y se ha visto desmentido por los hechos —Capucine, Suzy Parker—, puede ser igualmente discutible cuando se trata de las modelos fotográficas, publicitarias o no.

De hecho, y al margen de que las modelos lleguen o no a hacer cine, es indiscutible que su aparición como grupo profesional ha dado lugar a un nuevo tipo de belleza femenina, que alía el atractivo a la no agresividad, a fin de agradar por igual a hombres y mujeres. Es un poco el mismo caso que el de las locutoras de televisión, que debían introducirse en todos los hogares. Las modelos deben, también ellas, introducir los productos que anuncian, o hacer que la revista que el marido compra no moleste a la mujer. De ahí que se trate en general de muchachas muy jóvenes, de silueta esbelta y curvas no excesivamente rotundas, elegantes, de una sofisticación que no haga desaparecer totalmente el encanto natural. Un tipo de mujer, en suma, equidistante de la vampíresa y de la ingenua, con la suficiente garra para llamar la atención y la necesaria «representatividad» como para no convertirse en algo especialmente aislado y fuera del mundo normal. Esto hace que, hasta ahora, en España no haya existido, de un modo verdaderamente profesional, un núcleo importante de estas muchachas. Los prejuicios de nuestra sociedad impedían a aquellas que, por procedencia familiar, podían reunir las condiciones de belleza

SIGUE

Muchas actrices han comenzado su carrera como modelos. Y a la hora de recomenzarla —como Helène Chanel, apartada más de un año de los estudios— vuelven a los fotógrafos que les dieron fama para estudiarse, para perfeccionar sus actitudes, su manera de maquillarse, para rehacerse, en suma, el rostro que las hizo populares.



y distinción requeridas, dar el salto preciso, y las que llegaban ambicionando el triunfo rápido y la liberación de las necesidades económicas optaban directamente por el cine, considerado —no siempre con razón— como más rápido y más remunerador. Chicas estudiantes, secretarias, no se decidían a lanzarse a este terreno. Por otra parte, la publicidad, incipiente, no permitía pagar los salarios que en otros países se daban por trabajos de este tipo. Pero ahora las cosas han cambiado, la publicidad está en pleno desarrollo y, en consecuencia, la profesionalidad de las muchachas que a ella se dedican se va convirtiendo en un hecho. Hay, todavía, un alto porcentaje de muchachas extranjeras entre las modelos, pero hay muchas españolas que no les van a la zaga, incluso en sumas percibidas. Y hay, sobre todo, un concepto de que el posar para fotos o películas publicitarias no sólo puede convertirse en un camino para llegar a ser actriz, sino que en sí mismo puede constituir un trabajo muy interesante para una mujer joven.

La vida de estas muchachas, que para el público parece consistir únicamente en sonreír, no es precisamente descansada. Han de estar en todo momento frescas, en forma, con el cabello en las mejores condiciones, la silueta a punto, un amplio vestuario disponible. Ello supone horas de peluquería, de modista, alimentación sana, y luego, a la hora de llegar **SIGUE**



Consuelo Campayo —arriba— tiene veinte años y hace cuatro meses que trabaja como modelo. Antes había pasado colecciones de alta costura. Ahora ha firmado en exclusiva para la publicidad de una marca de licor. Ya en el plató, antes de que se empiece a rodar, la maquilladora, Conchita Andrades, da los últimos toques. A la derecha, una muchacha bien conocida de los lectores de nuestra revista, Keela Nyman, cuyo rostro ha aparecido con frecuencia en la portada. Una levantina y una nórdica, que, separadas por muchos kilómetros de distancia, viven la misma vida, el mismo ajeteo, el mismo ir y venir ante las cámaras.

SONRISAS SIN NOMBRE



NADA DEBE SER EXCESIVO, AL TIEMPO QUE NADA DEBE SER VULGAR, EN EL ATUENDO, LAS POSES O EL MAQUILLAJE DE LAS MUCHACHAS QUE SE DEDICAN A ESTA PROFESION. SU ASPECTO DEBE SER ATRACTIVO, PERO NUNCA LLAMATIVO. SU SONRISA, LA GRACIA CON QUE SE PAN PRESENTAR UN PRODUCTO, REALIZAR UN MODELO, DEBE TENER VIA LIBRE EN TODOS LOS HOGARES. LA ELEGANCIA ES REQUISITO INDISPENSABLE PARA QUE LAS MUJERES LAS ACEPTEN. Y CONSUELO CAMPAYO Y WINNIE LARSEN SABEN SU OFICIO. WINNIE ES SUECA, HACE SOLO TRES MESES Y MEDIO QUE TRABAJA EN ESPAÑA Y PIENSA QUEDARSE UNA TEMPORADA MAS. NO LE INTERESA HACER CINE.

SONRISAS SIN NOMBRE



Durante la jornada de trabajo —varias filmaciones a la semana— las muchachas han de estar pendientes del menor de los efectos que el realizador desea obtener, ensayar, procurar estar lo más atractivas posible. Luego, a la salida, cargadas con los diversos vestidos que deben lucir durante sus actuaciones, abandonan los Estudios Moro, donde trabajan.



al trabajo, la espera, el maquillaje, el recorrer la ciudad de parte a parte con varios vestidos al brazo, la pose en el estudio o en exteriores, ante la curiosidad de la gente. Una bella sonrisa que dura unos segundos, una «pose» sofisticada o que da la impresión de acabar de improvisarse ha costado muchas horas, si se tiene en cuenta lo que ha habido que hacer para llegar hasta ella. Y, además, generalmente, estas muchachas no se limitan a ser modelos fotográficas. Hacen papeles en el cine, presentan modelos en las casas de modas... Y el problema es el mismo en todos los países. Se estudian «poses» y maquillajes, ángulos y luces, se da una personalidad a las modelos aprovechando lo mejor de la suya propia. Algunas muchachas acaban convirtiéndose en actrices —B. B., Alexandra Stewart, Juliette Mayniel—, otras desaparecen a los pocos años, otras siguen en la brecha incluso después de pasada su juventud. Existe también el caso inverso, el de actrices que «han llegado» y que actúan excepcionalmente como modelos, el de personajes célebres de la vida pública de un país que se prestan a posar para la publicidad de un producto. O, el más triste, de intérpretes en declive que vienen a la publicidad para explotar un nombre que ya no se cotiza en su especialidad. Y, luego, las restricciones de la vida privada cuando se trata de un rostro que anuncia en exclusiva un producto y que no debe mostrarse en actitudes que contradigan su cualidad de «chica de X», la servidumbre al «personaje» que se es para el público, el divorcio entre la apariencia y la personalidad, por el hecho de ser un rostro sin nombre, sin ese nombre que, de un modo u otro, puede decirse que todos quieren hacerse.

(Fotos SANCHEZ MARTINEZ, F. C. CRISPOLTI y H. MILLARD)